



OBRAS DE  
RECONOCIMIENTO A  
JACQUES  
MARITAIN



EL HUMANISMO INTEGRAL DE MARITAIN  
Y LA ENSEÑANZA SOCIAL CATÓLICA\*

Joseph M. de Torre

(El Reverendo Joseph M. de Torre es Profesor Emeritus de Filosofía Social y Política de la Universidad de Asia y el Pacífico de Manila, Filipinas)

Ensayo publicado en EE. UU. bajo el título 'Maritain's Integral Humanism and Catholic Social Teaching', por la American Maritain Association, como parte del libro 'Reassessing the Liberal State. Reading Maritain's Man and the State' (2001)

*“La cultura debe cultivar al hombre y a cada hombre en toda la extensión de un humanismo integral y pleno, en el cual todo hombre y todos los hombres sean promovidos a la plenitud de cada dimensión humana. La cultura tiene el propósito esencial de promover el ser del hombre y de proporcionarle los bienes necesarios para el desenvolvimiento de su ser individual y social.”*

(Discurso de Juan Pablo II en el Encuentro con Eminentes Personalidades de la Cultura. Río de Janeiro, 1 de Julio de 1980)

\* Traducción del inglés por ACC.

Para apreciar fiel y justamente el sentido del pensamiento político social de Maritain en sus dos trabajos principales al respecto, ‘Humanismo Integral’ (1936) y ‘El Hombre y el Estado’ (1951), es indispensable evaluarlo en el contexto amplio de sus otros trabajos sobre el tema, tanto anteriores como posteriores a ellos. Las mayores críticas a ambos libros, como aquellas de Joseph Desclausais, Louis Salleron (ambas en 1936), Julio Alleinvielle (1945-48), y A. Massineo, S.J. (1956), fueron largamente erróneas por fallar en la contextualización de Maritain, lo que fue hecho correctamente por las mordaces defensas de Maritain hechas por Etienne Borne, M. D. Chenu, Etienne Gilson, Olivier Lacombe, Charles Journet, Reginald Garrigou-Lagrange, Alcide De Gasperi, Cornelio Fabro y Adriano Gallia, entre otros.

Sin embargo, lo que sostengo en este trabajo es que la clave decisiva en la interpretación de esos dos libros es el desarrollo de la Doctrina Social de la Iglesia, especialmente comenzando por ‘Mater et Magistra’ (1961) y ‘Pacem in Terris’ (1963) de Juan XXIII y ‘Gaudium et Spes’ (1965) del Concilio Vaticano II, pasando por ‘Ecclesiam Suam’ (1964), ‘Populorum Progressio’ (1967), ‘Humanae Vitae’ (1968), y ‘Evangelii Nuntiandi’ (1975) de Pablo VI, para culminar con la obra monumental de Juan Pablo II, a partir justamente de su primera encíclica, ‘Redemptor Hominis’ (1979).

La noción de “humanismo integral” de Maritain ha jugado un rol crucial en el desarrollo de esta enseñanza social. Es el propósito de este trabajo el dar una breve reseña de la conexión entre el original trabajo de Maritain en la filosofía política y las enseñanzas subsiguientes de los pontífices católicos, especialmente del Papa Juan Pablo II.

Desde la ‘Rerum Novarum’ (1891) de León XIII, la enseñanza social de la Iglesia (a veces llamada ‘doctrina’, cuando se enfoca en los principios, y ‘enseñanza’ cuando se trata de la aplicación de esos principios a áreas específicas), ha ido tomando gradualmente una forma más y más precisa en torno a la dignidad de la persona humana (derechos humanos), la centralidad de la familia tradicional y el significado y propósito de la comunidad civil. Es a través de estas enseñanzas que la Iglesia intenta actuar como levadura en la sociedad secular, compenetrándose ella misma en cada cultura nacional o regional, pero sin identificarse con ninguna de ellas en su temporalidad y pluralismo, sino manteniéndose como una fuerza trascendente e iluminadora, a fin de construir una “civilización de amor” (Pablo VI) desde dentro, o una ‘consecratio mundi’ (Juan XXIII).

En mayo de 1981, Juan Pablo II había preparado un discurso para conmemorar el 90° aniversario de la ‘Rerum Novarum’, pero no le fue posible pronunciarlo debido al atentado contra su vida. No obstante ello, fue publicado y en él se encargó de poner la enseñanza social de la Iglesia en apretada síntesis:

“Esta enseñanza social nació a la luz de la Palabra de Dios y del auténtico Magisterio, desde la presencia de los cristianos dentro de las cambiantes situaciones del mundo, en contacto con los desafíos provenientes de ellas. Su objeto es, como siempre ha sido, la sagrada dignidad del hombre, a imagen de Dios, y la protección de sus derechos inalienables; su propósito, la realización de la justicia, entendida como el avance y la completa liberación de la persona humana en sus dimensiones terrena y trascendente; su fundación, la verdad sobre la naturaleza humana misma, una verdad aprendida por la razón e iluminada por la Revelación; su energía, el amor como mandamiento evangélico y norma de acción”.

La descripción de Juan Pablo II bien podría servir como imagen precisa de la visión de ‘El Hombre y el Estado’. Maritain desarrolló esta visión para la filosofía social y política católica a través de los terribles eventos de la Segunda Guerra Mundial. Y en realidad, la urgencia presente de esa tarea fue presentada por Juan Pablo II en su mensaje conmemorativo del 50° aniversario de la Segunda Guerra Mundial en Europa (8 de Mayo de 1995) Luego de enfatizar la obligación de no olvidar jamás esa tragedia, él describe lo que condujo a ella y lo que la siguió: “El mundo, y en particular Europa, se dirigieron hacia aquella gran catástrofe porque habían perdido la energía moral necesaria para hacer frente a todo lo que les empujaba hacia la guerra. En efecto, el totalitarismo destruye la libertad fundamental del hombre y viola sus derechos.” Más adelante señala que las políticas e ideologías que condujeron a la guerra, fundadas en su fracaso en entender “que no se edifica una sociedad digna de la persona humana sobre su destrucción, sobre la represión y sobre la discriminación” no han desaparecido en absoluto. Por ello urge que “Esta lección de la Segunda Guerra mundial no ha sido aún plenamente recibida en todas partes. Y sin embargo está presente y debe continuar como aviso para el próximo milenio”.

Juan Pablo II sirve como centinela en la tradición de Maritain; él continúa los esfuerzos de Maritain para construir las bases intelectuales de una teoría personalista de la democracia o “humanismo integral”. Maritain fue desarrollando su pensamiento en el contexto histórico del surgimiento de las ideologías totalitarias del fascismo,

nazismo y comunismo, destructivas de los derechos humanos y de la familia, tanto como de una democracia de libertad y responsabilidad hacia el bien común.

Cuando publicó ‘Humanismo Integral’, esas ideologías estaban en pleno trabajo político, y a punto de lanzar la Segunda Guerra Mundial con el fanatismo de su imperialismo racial y nacionalista. El “humanismo integral” propuesto por Maritain en 1936 aspiraba a conducir a la persona humana hacia un desarrollo pleno bajo “la primacía de lo espiritual” que eventualmente sería alcanzada en Cristo, como él mismo lo había experimentado, junto a su amada esposa Raïssa y su hermana Vera, y en interacción con el Padre Clerissac, Peguy, León Bloy y otros, particularmente después de su bautismo en 1906 y el comienzo de sus estudios tomistas en 1910. Por medio de estos últimos descubrió una antropología cristiana que podría llegar a ser un puente entre todas las personas en una sociedad libre.

Su libro ‘Cristianismo y Democracia’ fue publicado en 1943 “en homenaje al pueblo francés” durante sus sufrimientos. Al final de la guerra, la ‘guerra fría’ surgió debido al hecho de que solamente las primeras dos ideologías habían sido derrotadas, pero no la tercera: el marxismo-leninista comunista creció en su diseño imperialista y en la supresión de los derechos humanos, a pesar de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas. La participación de Maritain en este histórico documento es bien conocida. En ‘El Hombre y el Estado’, él, valientemente, intentó formular una “fe democrática secular”, aceptable por todos en una sociedad libre, como un cuerpo evidente en sí mismo de al menos ciertas verdades previa y trascendentes demostrables, asumidas por cualquiera constitución legal: “Una sociedad de hombres libres, en efecto, supone principios fundamentales que se hallan en el corazón mismo de su existencia. Una democracia auténtica implica un acuerdo profundo de las mentes y de las voluntades sobre las bases de la vida común; es consciente de sí misma y de sus principios y debe ser capaz de defender y promover su propia concepción de la vida social y política; debe portar en sí misma un común credo humano: el credo de la libertad.” En realidad, Maritain procuró articular la fuerza moral de un credo democrático precisamente para contrarrestar las mismas premisas que debilitaban a occidente en su enfrentamiento con el totalitarismo.

El liberalismo burgués es incapaz de defender la libertad sin una filosofía coherente del gobierno y de la vida pública; así “Del mismo modo que no tenía un bien común real, no tenía tampoco un pensamiento común real – no había

cerebro en ella, sino un cráneo neutro y vacío, tapizado de espejos -. No es nada sorprendente que antes de la segunda guerra mundial, en los países que la propaganda fascista, racista o comunista trataba de agitar y corromper, la democracia burguesa se haya convertido en una sociedad sin idea ninguna de sí misma y sin fe en sí misma, sin fe común alguna que pudiera permitirle resistir a la desintegración.” La fe democrática articulada por Maritain fue ante todo “una fe puramente práctica, no teológica o dogmática”.

La gente de una sociedad democrática, con diferentes “e incluso opuestas visiones metafísicas o religiosas, puede coincidir, no en virtud de identidad de doctrina alguna, sino de una analógica semejanza en sus principios prácticos, en las mismas conclusiones prácticas y compartir una misma «fe» secular práctica, con tal que reverencien por igual, acaso por razones totalmente distintas, la verdad y la inteligencia, la dignidad humana, la libertad, el amor fraternal y el valor absoluto del bien moral.” De esta manera, Maritain señala que “la educación es manifiestamente el medio principal para mantener la convicción común en la carta democrática.” E insiste que tal educación no puede ser neutral o separada de las “tradiciones filosóficas o religiosas o escuelas de pensamiento” que han contribuido a la formación de la nación.

Maritain trató cuidadosamente de promover lo que Juan Pablo II ha llamado “filosofía pública” para una convergencia en un diálogo con el mundo como ha propuesto la enseñanza de la Iglesia, incluida principalmente en los citados documentos del magisterio. Las acusaciones de pragmatismo, secularismo, naturalismo, liberalismo, idealismo, nihilismo, ultraespiritualismo, marxismo y otras necedades de que fue víctima, fueron vigorosamente refutadas por aquellos que lo conocían bien, como he señalado previamente. Y sus ideas han llegado gradualmente a ser parte del núcleo de la enseñanza social de la Iglesia en el marco específico de la realidad cultural y de una “filosofía pública” vivificada por una antropología cristiana, respondiendo las preguntas fundamentales sobre la persona humana y la comunidad humana.

Los dos Papas del Vaticano II, y la *Gaudium et Spes* de éste, se hicieron cargo de estas preguntas sobre la cultura y el evangelio social. El Papa Juan XXIII, demostrando una gran apertura hacia el mundo, no para “conformarse” a él ( Rom 12:2), sino para evangelizarlo mediante la inculturación del Evangelio, significativamente considerada

en la encíclica 'Pacem in Terris' (1963) no sólo para los católicos sino "para todos los hombres de buena voluntad". Luego, Pablo VI, después de dictar su primera encíclica, 'Ecclesiam Suam' (1964) sobre el diálogo de la Iglesia con el mundo, se dirigió a las Naciones Unidas en Octubre de 1965, como a un Areópago contemporáneo, con el lenguaje de una "filosofía pública" comprometida con la verdad universal. Ese mismo año, el más cercano amigo espiritual e intelectual de Maritain, el Padre Charles Journet, fue hecho cardenal en enero, y en septiembre, justo antes del viaje de Pablo VI a Nueva York para dirigirse a la ONU, el Papa recibió a Maritain en Castelgandolfo. Y el 8 de octubre, en la ceremonia de clausura del Concilio Vaticano II, con el enérgico humanismo cristianocéntrico expuesto en Gaudium et Spes, el Papa entregó a Maritain el 'Mensaje a los Buscadores de la Verdad'. Sin embargo, el momento decisivo vino con la publicación de la encíclica 'Populorum Progressio' en 1967, en la cual Pablo VI hace dos referencias explícitas a Maritain, una de ellas a 'Humanismo Integral', en sus versiones francesa e inglesa. El mismo Papa volvió nuevamente a la idea de inculturación del Evangelio mediante un humanismo integral en su exhortación apostólica Evangelii Nuntiandi of 1975.

Entonces vino Juan Pablo II, que puso el tema de la cultura en el centro de su pontificado, comenzando en su primera encíclica 'Redemptor Hominis' de 1979; luego en su discurso a la ONU en octubre de ese año y, más adelante, el 2 de junio de 1980, en su discurso programático a la UNESCO ('En el Mundo de la Cultura Dios ha hecho una Alianza con el Hombre'), hizo contrapunto con su insistencia en la centralidad de la enseñanza social de la Iglesia en el corazón de la evangelización. Esta "filosofía pública" y "humanismo integral" fue especialmente remarcada en la serie de discursos dirigidos a la "gente de la cultura" o "constructores de la sociedad" y de la "civilización del amor", esto es, a científicos, filósofos, artistas, diplomáticos, oficiales públicos, industriales, etc.

En Río de Janeiro, el 1° de julio de 1980, justo un mes después de su discurso a la UNESCO, Juan Pablo usa el término "humanismo integral" para explicar que es a través de la cultura como mejor se configura el trabajo de los cristianos en la sociedad democrática. "La cultura debe cultivar al hombre y a cada hombre en toda la extensión de un humanismo integral y pleno, en el cual todo hombre y todos los hombres sean promovidos a la plenitud de cada dimensión humana." La libertad debe ser entendida en un sentido más sustantivo que la mera libertad de elección. La libertad que la democracia cristiana busca promover por encima de



todo es lo que “San Agustín llamó *libertas maior*, esto es, libertad en su desarrollo pleno, libertad en un estado moral adulto, capaz de elecciones autónomas a propósito de las tentaciones proveniente de todas las formas desordenadas del amor a sí mismo. La cultura integral incluye la formación moral, la educación en las virtudes de la vida individual, social y religiosa”.

Según Juan Pablo II, la educación tiene un rol decisivo en este esfuerzo, especialmente la educación superior. Dirigiéndose a profesores y alumnos en la catedral de Colonia, el 18 de noviembre de 1980, y a los profesores universitarios en Bolonia, el 18 de abril de 1982, Juan Pablo II advirtió contra los efectos deshumanizadores de esquemas reduccionistas extrapolados de la ciencia. Preservar y desarrollar el conocimiento completo de los seres humanos pertenece a la “comunidad universitaria [que debe] demostrar su necesidad de modo convincente, presentando el incentivo de ese humanismo integral que desde siempre inspira sus ideales y que ciertamente responde todavía a tantas expectativas secretas de nuestros contemporáneos.” En noviembre de ese mismo año, en su visita a España, pronunció dos discursos en esta misma línea, uno en Salamanca y otro en Madrid. Luego, en la Universidad de Friburgo, el 13 de junio de 1984, señalando que “la ciencia es libre si admite ser determinada por la verdad”. La crisis surge en la cultura científica en virtud del hecho que “la ciencia no está en condición de responder a las preguntas sobre su propio significado. Y la crisis de hoy es en gran medida una crisis de la ideología del cientismo, que insiste en afirmar la autosuficiencia del proyecto científico como si por sí misma pudiera responder las preguntas del hombre sobre sí mismo.”

Una gran tarea para la cultura y la defensa de la libertad es causada por el sentido de los propios límites y parcialidad de la ciencia. La tarea positiva es la de “la integración del conocimiento, en el sentido de síntesis en la que la imponente acumulación de descubrimientos científicos encontrará su significación en el marco fundamental de una visión integral del hombre y del universo”. El 15 de mayo de 1988, Juan Pablo II insiste nuevamente en que la Iglesia apoya “un verdadero humanismo integral que eleve la dignidad de la persona a su verdadera e irrenunciable dimensión de hijo de Dios”.

Finalmente, el 12 de Mayo de 1990, en Ciudad de México, dirigiéndose a los Hombres de la Cultura, Juan Pablo II atiende nuevamente a las palabras de Pablo VI a la clausura del Concilio: “esta irrenunciable vocación al servicio del

hombre – de todo el hombre y de todos los hombres – es la que mueve a la Iglesia a dirigir su llamado a los intelectuales de México – comenzando por los intelectuales católicos – para que, abriendo nuevos espacios a la participación y a la creatividad, no escatimen esfuerzos para lograr completar el trabajo de integración – propio de la verdadera ciencia – y establezca los cimientos de un auténtico humanismo integral que encarne los altos valores de la cultura y la historia de México”. Esa es la gran tarea de la cultura a asegurar y elaborar sobre la noción básica de dignidad humana. Juan Pablo II mismo elabora a partir de la constitución *Gaudium et Spes* del Concilio, en referencia al misterio de Cristo en relación al hombre que busca desplegar y especificar el significado de la dignidad humana en tres aspectos: • la noción de persona, • la capacidad humana de amar y • la capacidad humana de trabajar. En realidad, estos podrían servir como los tres grandes temas de la prodigiosa obra de escritos y discursos sobre doctrina social y política de Juan Pablo II. Él mira las enseñanzas del Concilio como la base de sus propias enseñanzas.

Los padres del Concilio Vaticano II encuentran la raíz de la persona en Cristo, como aquel que “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre su altísima vocación”, porque “en cierto modo se ha unido con cada hombre. Trabajó con manos de hombre, reflexionó con inteligencia de hombre, actuó con voluntad humana y amó con humano corazón.” La persona debe intentar integrar “todas las realidades de su existencia en una síntesis armoniosa de vida, orientada hacia un fin último, que es la sublime expresión de amor”. La noción de “humanismo integral” designa la meta de tal síntesis o integración personal y cultural.

El segundo aspecto de la dignidad humana corresponde a la capacidad de amar. “Amando se descubre que la profunda capacidad de darse uno mismo eleva la persona e ilumina su interior. En efecto, el amor es una atracción deslumbrante por salir de uno mismo y trascender a sí mismo.” Así, Juan Pablo II habla de desarrollar “la civilización del amor”. que es “una meta muy atractiva y, al mismo tiempo, exigente”. Como se ha dicho más arriba, Juan Pablo II adoptó el término “la civilización del amor” de Pablo VI, que, a su turno, la derivó de la noción de humanismo integral de Maritain.

En cuanto al tercer aspecto, el trabajo, es “uno de los grandes temas de la cultura, particularmente en nuestro tiempo”. Juan Pablo II busca superar la antigua separación entre trabajo y cultura. “Mirando al pasado, es interesante recordar el



escaso valor que en la antigüedad clásica se otorgaba al trabajo como parte de la cultura. De hecho, descanso y trabajo eran considerados antagónicos. Incluso en el panorama cultural de nuestros días, el trabajo humano no siempre es considerado como un medio para la realización personal. Pero desde el ángulo de la fe, la perspectiva se hace mucho más amplia hasta el punto de considerar la actividad humana un medio de santificación y una experiencia de unión con Dios”. El problema del trabajo humano ocupa una porción central en la obra de Maritain; en ‘El Hombre y el Estado’ menciona brevemente el tema del trabajo como uno de los problemas más urgentes de nuestros días. Pero, una vez más, es en su gran obra ‘Humanismo Integral’ que Maritain desarrolla más plenamente la idea de la transformación del mundo moderno por medio de una nueva aproximación al trabajo. Esto ha servido como base para los desarrollos de Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II.

Jacques Maritain fue un innovador que provocó no pocas veces la hostilidad y la crítica de muchos de sus hermanos católicos. Sin embargo, hoy día, a la luz del desarrollo de la Doctrina Social de la Iglesia después del Concilio Vaticano II y del torrente de escritos y viajes de Juan Pablo II, podemos decir con propiedad que la noción de “humanismo integral” acuñada por Maritain ha servido para dar curso a una gran corriente de doctrina político-social.

Hace muchos años, Maritain, en un momento de íntima reflexión, se comparó a sí mismo con un “buscador de vertientes”:

“¿Qué soy yo? me pregunto. ¿Un maestro? No lo creo; enseño por necesidad. ¿Un escritor? Tal vez. ¿Un filósofo? Espero que sí. Pero también una especie de romántico de la justicia, pronto a imaginar en cada combate en que participo, que la justicia y la verdad tendrán su día entre los hombres. Y, tal vez, también algo así como un buscador de vertientes que pega su oído a la tierra para escuchar el sonido escondido de las aguas y de germinaciones invisibles.”

Efectivamente, bien podríamos decir que las grandes obras de Maritain, ‘Humanismo Integral’ y ‘El Hombre y el Estado’, han descubierto el “sonido escondido de las aguas y de germinaciones invisibles”, cuyos frutos solamente hoy comenzamos a ver.

